

Radovan Karadzic

El doble del tío Pera

José Gordon

Era un sueño tan oscuro que difícilmente recordaba que formaba parte de su vida. De vez en cuando reaparecía y se daba cuenta de que tenía una vida paralela. Esa lejanía se perdía en la neblina más espesa del olvido. A la vez estaba ahí, como un dolor que no sabe que es dolor.

Trataba de franquear ese muro de la memoria. Era inútil. Para algo deberían de servir tantos años dedicados a la curación y al estudio de la energía alternativa. Estaba orgulloso de cómo se marcaban en su rostro. A los setenta y ocho años, sus ojos bondadosos se magnificaban tras unos gruesos lentes. Su largo cabello cano estaba atado con una coleta. La frondosa barba blanca que gustaba acariciar le daba aire de sabio, creaba un aire de confianza en las parejas desesperadas que venían a consultarlo por problemas de fertilidad. Los vecinos de su pueblo en la región de Voivodina le llamaban el tío Pera. Lo consideraban un hombre extravagante, ingenuo, tal vez un poco zafado, pero incapaz de hacer algún daño.

Cuando el tío Pera salió de viaje empezó a notar algo extraño. En el tren vio que lo observaban con curiosidad. Una persona se tropezó con él y aprovechó para susurrarle: “Hermano, te persiguen, pero tú siempre escapas. Estamos orgullosos”. El tío Pera no entendió nada. Así son algunos admiradores. Dicen siempre cosas muy exaltadas.

Cuando llegó al pequeño departamento en donde daría consultas en la ciudad de Viena lo sorprendió una mariposa parda y sintió una opresión en el pecho que dejó pasar. Esa noche, tuvo un sueño extraño (o tal vez no lo tuvo). Estaba en un bar de Belgrado, llamado La casa loca. Interpretaba música medieval serbia. Se vio a sí mismo

rodeado de un público que cantaba con fervor. En la pared que estaba frente al piano donde tocaba se veía la fotografía de un personaje tan familiar que le resultó irreconocible.

Al despertar recordó —o tal vez no recordó— que hace muchos años había leído un cuento inquietante. Encontró el libro en un mercado de pulgas. ¿El relato quizá se llamaba *Udaljen*? Era sobre una mujer que por momentos tenía la visión de que no solamente estaba en su casa sino que también vivía en un país lejano donde era una mendiga. El tío Pera se asomó por la ventana. Observó que en la esquina estaba estacionado un auto que le pareció haber visto desde que salió de la estación de tren.

En la tarde se cumplieron las premoniciones. La policía austriaca llegó a interrogarlo. El tío Pera estaba indignado. Él solamente se dedicaba a hacer el bien. Tenía veintitrés años de ser sanador. El hecho de que algunos doctores no reconocan la medicina alternativa, no implica que lo que él aconseja a las parejas sea un crimen. Los policías tomaron apuntes con diligencia y se retiraron.

Esa noche volvió a aparecer el sueño: El tío Pera veía a un personaje idéntico a sí mismo. Salía de La casa loca. Era de noche. Se cercioraba de que nadie lo siguiera. Pera lo vio internarse por las calles oscuras hasta llegar a un puente. Ése era el lejano lugar que sabía que estaba en su mente pero que luego se fundía en la niebla. En este caso la bruma se iba despejando. Bajo el haz amarillento de los postes de luz se dibujaba una lluvia fina. El tío Pera vio que su doble lo esperaba. Eran los mismos lentes, la barba, la coleta. El doble se acercó.

Pera quedó paralizado. En ese espejo le espantaron los ojos enmarcados en unas cejas espesas que eran más negras que las suyas. De pronto el doble se fundió en un abrazo con Pera. Por más que quería no se podía deshacer de esas tenazas. Finalmente se separaron, el doble se alejó a pasos rápidos. El alma del doble se le había metido en el cuerpo. El tío Pera empezó a escuchar gritos dentro de su cabeza. La sangre brota por todos lados. Hay festejos. Se oyen las notas de un piano. En un giro de la memoria aparece una mujer desdentada, prematuramente vieja por la pobreza y la rabia, que se niega a alimentar a su cría. Pera se asombra ante su propia indiferencia. (¿Era Pera?). A lo lejos se oye el eco de las bombas. Levanta la vista. Toca el piano. En el bar chocan los tarros de cerveza. Los cantos tribales son la incoherencia en armonía. El único elemento impasible es el de la fotografía en blanco y negro que está frente a donde toca el piano. Pera se da cuenta que el hombre de la fotografía es él mismo, pero más joven y sin barbas. Es alguien demasiado familiar. Esa imagen la ha visto en todos lados. Es Radovan Karadzic.

La escena se pierde una vez más en la más cerrada neblina de su conciencia. Era un sueño tan oscuro que difícilmente recordaba que formaba parte de su vida hasta que apareció nuevamente cuando menos lo esperaba. El tío Pera ve incrédulo su imagen en la primera plana del periódico. El titular dice: “El carnicero de Sarajevo ha sido capturado”. En la fotografía se ve a un hombre idéntico a Pera, con las mismas barbas, lentes y coleta. Sin embargo, el diario dice que

es Karadzic. La nota explica que el sanguinario nacionalista serbio, responsable de varios crímenes de guerra y de exterminio étnico, se había disfrazado de un curandero que ayudaba a las parejas que tenían problemas de fertilidad. El tío Pera no lo podía creer: “Me ha robado mi imagen y mi energía”, declara a los medios de comunicación que investigan esta historia.

En 1996, Karadzic estaba acorralado. Este demagogo nacionalista, como lo califica Juan Goytisolo, había tenido un papel central en el sitio de Sarajevo, que costó la vida a más de diez mil personas y en la masacre en Srebrenica donde murieron ocho mil musulmanes, la atrocidad mayor cometida en Europa desde la Segunda Guerra Mundial. Para escapar, se creó una nueva identidad. Algunos elementos del antiguo régimen serbio fabricaron los salvoconductos que Karadzic necesitaba para su nueva vida de prófugo. Ahora se llamaba Dragan Dabic, tenía los documentos de un hombre jubilado en Ruma, la misma región en donde vivía el tío Pera. Karadzic se dejó crecer la barba y se disfrazó de curandero, le robó su identidad al tío Pera. ¿Quién lo podría reconocer?

Karadzic tomó su papel muy en serio. El maestro que le dio clases de bioenergética dice que era un estudiante modelo. Bajo la identidad de un gurú de la medicina alternativa se especializaba en la “energía humana cuántica”. De vez en cuando se daba el lujo de asistir en Belgrado al bar La casa loca. Ahí tocaba música frente a una fotografía de su propio rostro. Los nacionalistas serbios brindaban con complicidad. Estaba oculto a la vista de todos.

Sin embargo, ya le seguían la pista. En Austria, en mayo de 2007, la policía lo confundió con el verdadero tío Pera. Se trataba de un error, no obstante, los agentes estaban cada vez más cerca. En el mes de julio de 2008, una falsa pareja consulta al falso curandero. Se la ingenia para obtener residuos de sus cabellos. Las pruebas del ADN, dicen las noticias, confirman que se trata de Karadzic. El 21 de ese mismo mes es arrestado. Llega el tiempo de la rendición de cuentas. Sale a la luz una pesadilla tan oscura y siniestra que a veces olvidamos que forma parte de nuestra existencia. [U]

